

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Vanessa Álvarez Guzmán

“La china poblana: entre la santidad y la sensualidad”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 69, julio-septiembre de 2024, pp. 31-34.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

**E**n México, como en Puebla, hablar acerca de la china poblana es hablar de un personaje que está presente en la mentalidad colectiva. Basta observar cada 16 de septiembre a mujeres con faldas de picos pardos y lentejuelas, para festejar un aniversario más de la Independencia al son del jarabe tapatío. Sin embargo, para los poblanos este nombre lleva a la memoria la imagen de una mujer mística, de personalidad y facha monjil, que fue tema de apologías jesuitas, excomuniones obispaes, hitos urbanos y arquitectónicos. Un imaginario local contrasta con el nacional que, al escuchar este mismo mote, refleja la idea de una mujer de atuendos vistosos, trenzas y collares portados con gruesos modales; una mujer que emparejada de un chinaco parecía gozar de la música ranchera, los sones, jarabes y una vida lisonjera. Esta dualidad casi antitética entremezclada con el paso de los siglos en la historia de la china poblana es la que ha despertado curiosidad entre cronistas, historiadores, arquitectos, urbanistas, patrimonialistas y viajeros, que han dedicado más de un escrito a buscar sus huellas y “verdadera” historia.

Esa misma curiosidad e interés es el motivo de este texto, que busca mostrar un breve esbozo de las huellas materiales e inmateriales de este personaje polisémico, sobre todo entre los poblanos, comentando quién o quiénes fueron las chinas poblanas.

## La china poblana de La Nao: Catarina de San Juan, una vida santa en el siglo XVII

La ciudad novohispana de la Puebla de los Ángeles, desde su fun-

# La china poblana: entre la santidad y la sensualidad

Vanessa Álvarez Guzmán

dación, albergó a varias órdenes monásticas que se arraigaron en el territorio, creando una cultura profundamente religiosa donde jesuitas, dominicos y agustinos sumaban feligreses de estirpe peninsular y mestiza, principalmente. Para el siglo XVII, formó parte de las costumbres de la feligresía más acomodada de la ciudad adquirir mercaderías y servidumbre del Galeón de Manila –más conocido como La Nao de China–, embarcación proveniente de Filipinas cargada de manjares, prendas y personas de aspecto y costumbres exóticas; en su arribo al territorio de Acapulco estas eran distribuidas en todo el virreinato. Es justo en esta ruta comercial donde encontramos la primera huella de *Mirrha* o *Catarina de San Juan*, mujer mística como los in-ciensos de oriente.

De acuerdo con la disertación de Nicolás León (1971), en tiempos del virrey de Gálvez, en el siglo XVII, se trajeron del galeón algunas esclavas por encargo que fueran “de buen parecer y alguna gracia”, y entre ellas se encontraba *Mirrha*, una niña arrancada del territorio de la India Oriental y comprada como sierva por el capitán Miguel de Sosa, oriundo de

la provincia poblana, quien, por encargo, solicitaba “una chinita” –término usado en la época para objetos y esclavos provenientes de cualquier parte de oriente– para adoptarla como ahijada. En los relatos de León, se cuenta que era “agraciadísima tanto por prendas naturales como por virtudes morales”, por lo que los jesuitas le dieron el sacramento baptismal cambiándole el nombre a *Catarina de San Juan*, quien arribó a Puebla un 15 de enero de 1620, de acuerdo con la mayoría de sus hagiógrafos. Desde ese momento, Catarina, consciente de las vicisitudes que le acreó su belleza, se entregó a una vida de prácticas místicas de oración, ayunos, visitas a conventos de religiosas y numerosas confesiones con jesuitas, quienes, destacando sus “vestidos humildes, modestos, pobres, que besaban el suelo”, fueron creando un estrecho vínculo. Con el correr de las décadas, sus confesores dieron cuenta de sus votos de perpetua castidad, los éxtasis, visiones celestiales, revelaciones marianas, profecías, luchas demoníacas y sucesos místicos que le acontecían, lo que le ganó popularidad entre la población de la capital angelopolitana.



Rafael Durán/La Fototeca del Pueblo: de la serie *Xinacates*

Eventualmente, la muerte del capitán Sosa la liberaría de su condición de sierva, pero sin herencia alguna, teniendo que vivir de la caridad de otro vecindado criollo de la ciudad, don Hipólito del Castillo, quien la acogió como ama de llaves de su domicilio, ubicado en la antigua calle de Echeverría número 2 y la calle de las Bóvedas de la Compañía, de acuerdo con Leicht (1992). Esta zona fue una de las mejores en la época, considerada de lujo y habitada por las élites, donde se encontraban las “casas grandes”. El domicilio de don Hipólito, hoy con más de trescientos años de antigüedad, es reconocido como aquel donde viviera nuestra primera china poblana, que no era de China, solo venía en la Nao de China, y

no era poblana de origen, pero sí por adopción.

Catarina de San Juan, durante su vida en Puebla de los Ángeles, generó vida mística en este territorio. Hacia el final de sus días vivió enferma a causa de la vida ascética autoimpuesta. Así, un 5 de enero de 1688, al interior de un pequeño y húmedo cuarto del entresuelo de la casa mencionada, postrada en una dura cama de madera, por parálisis de todo el lado izquierdo de su cuerpo, muere la *venerable en Cristo Catarina de San Juan*, como le solía llamar su confesor más cercano, el padre Alonso Ramos, sacerdote de la Iglesia de la Compañía, quien asistió a sus honras fúnebres y relata cómo su fama de santa se extendió por el territorio, dejándose venir una muche-

dumbre al saber de la muerte de la China Poblana, quienes intentaban besar los pies, las manos o al menos arrojarle una guirnalda de flores –costumbre reservada para las monjas coronadas–, de acuerdo a su segundo confesor más cercano, José del Castillo Graxeda (1989). Durante los días posteriores a la muerte de Catarina, la gente comenzó a relatar varios eventos extraordinarios insinuados como milagros, motivo por el cual el obispado de la ciudad, representado por Juan de Palafox y Mendoza, tachó el culto a Catarina o “la China Poblana” como una práctica herética basada en la superchería, prohibiendo así su culto, imagen y hasta su nombre. Así, nuestra primera “china poblana” fue perdiendo presencia en el imaginario local



por la prohibición obispal, y este personaje del siglo XVII tendría que esperar varios siglos para que sus huellas fueran redescubiertas.

## La china poblana de lentejuela: sensualidad condenada en el siglo XIX

Mencionar a la china poblana adornada de lentejuela lisonjera es ubicarnos entre 1821 y 1855, periodo en el que encontramos rastros de *las chinas mexicanas*. Ellas fueron un prototipo de mujeres mestizas que, aprovechando la venta de aguas de chía en los mercados del Bajío y el centro del país, promovían la venta de sus favores carnales, atendiendo la demanda sexual masculina de las ciudades novohispanas más pobladas, como Puebla, Veracruz, Guanajuato, Zacatecas y Valladolid, por mencionar algunas. Su distintivo particular fue su manera de vestir, con aire provocativo y comportamiento desenfadado. Vázquez Mantecón, parafraseando a Manuel Payno (2000), mencionaba que “desde los quince años, al darse cuenta del valor de sus atractivos, las *chinas* –mote adquirido por sus cabellos rizados– se vestían para aludir a un cuerpo seductor”, y eran tachadas despectivamente de ser “las responsables de que los hombres perdieran su salvación”, por sus bailes, atuendo y coquetería, donde “hasta los más encopetados iban mansitos a su puerta”, describiéndolas como féminas que escandalosamente no usaban medias, con faldas llenas de lentejuelas que dejaban al descubierto los tobillos, con blusas en bordados estridentes que dejaban al descubierto sus hombros; esta descripción y las imágenes referentes de la época muestran que el atuendo alude al popular tra-

je nacional. Vázquez Mantecón refiere que el traje de la china poblana, tal como se le conoce hoy en día, se le adjudica a la ciudad de Puebla con todo y sus elementos característicos: falda de castor con lentejuela, remate de fondo de picos pardos, blusa escotada blanca con bordado en técnica de pepenado y deshilados, rematada por abalorios de colores, aretes de filigrana y trenzas con listones. Atuendo considerado demasiado sensual para una moral decimonónica. Sin embargo, su popularidad se debió a la marquesa Calderón de la Barca (2000) que, a su arribo a México en 1839, quedó maravillada con la diversidad étnica y folclórica de la nación. Durante su estancia fue invitada a un baile al que ella consideró llevar el traje de una “china poblana”, idea que escandalizó a las élites por tratarse de un atuendo impropio, vulgar, de mujeres casquivanas, cosa muy reprochable para una dama de su condición social, afirmando la misma marquesa que se hizo todo por “conjurarme por cuanto más hay de alarmante, el renunciar a la idea de aparecer en público con traje de poblana”. Afortunadamente, desoyendo el consejo, la marquesa Calderón de la Barca popularizó, en ese entonces, el traje entre las élites.

El final de estas chinas mexicanas –incluyendo la poblana– fue gradual, con la entrada en vigor de las políticas sanitarias y la institucionalización de la prostitución por los gobiernos decimonónicos; las *chinitas*, estigmatizadas y marginadas, fueron señaladas como un peligro para la moral pública. Su mala reputación fue esparcida por la misma sociedad que consumía sus favores carnales, creando manuales de buenas maneras que hacían hincapié en el recato y el pudor, en contraposición a lo vulgar y bárbaro de los sectores socia-

les más desposeídos incluyendo a las chinitas.

## La china poblana como ícono patrimonial en el siglo XX

Tal y como se historiografió en el siglo XX, el concepto de indio en su giro lingüístico pre y posterior al proceso colonial, el concepto de *china poblana* de igual manera atravesó por una fusión de paradigmas lingüísticos a inicios del siglo XX, donde se unió en el término *china poblana* a dos personajes femeninos de la cultura mexicana diametralmente opuestos en origen y carácter. Así el imaginario cultural nacional fue transformando el término *china poblana* hacia un sentido polisémico, particularmente en la región de Puebla. Se han mencionado algunos momentos y huellas clave en la evolución de este personaje mítico, desde sus raíces coloniales hasta las etapas decimonónicas. Sin embargo aún se puede sentir la presencia de esta mujer en el siglo XX y hasta la actualidad. Con Porfirio Díaz, como parte de los eventos del centenario de la Independencia, se buscó consolidar una diversidad de elementos que serían considerados eje de la identidad nacional. En ese contexto, el traje de china poblana y su figura recobraron una fuerza icónica en el imaginario nacional y local, declarándose su atuendo traje nacional junto al del charro. Para rematar aquella estampa, ambos personajes fueron unidos bajo el ritmo del jarabe tapatío, lo que se vería en concursos públicos, bailes y demás eventos conmemorativos retomando la temática nacionalista como una nueva forma de percibir las huellas de la china poblana.



Rafael Durán/La Fototeca del Pueblo: de la serie *Xinacates*

Prueba de lo anterior fue Ana Pavlova, bailarina que en 1921 consolida esta estampa en un baile conmemorativo presentado en el Castillo de Chapultepec, vistiendo el traje de china poblana, con una falda que, desde entonces y en adelante, luciría al centro el águila posada sobre nopal alusivo al escudo nacional, bordado en chaquira. Así, a grandes rasgos, se consolida el largo registro de huellas materiales e inmatriciales que han marcado la figura mítica de la china poblana, quien ha trascendido hasta constituirse en un ícono identitario ineludible, tanto dentro como fuera de las fronteras mexicanas. Incluso fue representada en los grabados de José Guadalupe Posada, en poemas de Gregorio de Gante, postales de Hugo Brehme, en el cine nacional por María Félix en 1943, en el decorado urbano de las fuentes dedicadas a la china poblana en la ciudad de Puebla, elaboradas por Jesús Corro Ferrer en 1971. Esta enumeración muestra la diversidad de artefactos culturales que siguen

emergiendo hasta hoy, enmarcando a la china poblana dentro de un imaginario nacional y local en permanente construcción, incluyéndola en una historiografía de larga duración que continúa perfilándose en el siglo XXI, por ejemplo en las novelas históricas de Jaime Panqueva (2011), y de Martha Porras de Hidalgo y María Alejandra Domínguez (2012).

Para concluir, retomando la idea de las hondas huellas que se pueden ubicar al hablar del ícono patrimonial de la china poblana, se puede observar, *grosso modo*, el porqué de su naturaleza ambivalente, de la multiplicidad de significados del personaje a través de las evidencias histórico-materiales relatadas y que dan para seguir en su búsqueda. **LPyH**

#### REFERENCIAS

- Calderón de la Barca, Madame. 2000. *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Ciudad de México: Porrúa.
- Del Castillo Graxeda, José. 1989. *La ver-*

*dadera historia de la China Poblana*. Ciudad de México: Centro Mexicano de Estudios Culturales.

Leicht, Hugo. 1992. *Las calles de Puebla*. Puebla: Secretaría de Cultura.

León, Nicolás. 1971. *Catarina de San Juan y la China Poblana*. Ciudad de México: Altiplano.

Porras, Martha y María Alejandra Domínguez. 2012. *Corazón arrebatado*. Ciudad de México: Porrúa.

Ramos, Alonso. 2016. *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de S. Joan*. Nueva York: IDEA/IGAS.

Vázquez Mantecón, María del Carmen. 2000. *La china mexicana, mejor conocida como la china poblana*. Ciudad de México: UNAM/IIH.

**Vanessa Álvarez Guzmán** es historiadora por la BUAP. Desarrolla colaboraciones en publicaciones independientes del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP. Línea en Patrimonio: Edificado e Inmaterial, colaborando en el proyecto Girona y Puebla ciudades patrimonio por la cátedra Cumex.